

reparo el artículo que publicara Laura Bass en 2009, “Imitación e ingenio: *El amar su propia muerte* de Juan de Espinosa Medrano y la comedia nueva”, en el que la autora, desde un horizonte crítico compartido, expone su interpretación de la obra como alegoría del ingenio, en la cual la elección de la heroína –Jael– comportaría una serie de operaciones tendientes a aprovechar ese tipo de razonamiento mencionado más arriba mediante el cual el público actualiza un hecho singular en su propio presente. De este modo, según la autora, dicha elección y la fuerza, el ingenio y las habilidades que Jael ostenta funcionarían como alegoría de la defensa de un grupo subyugado: el núcleo letrado colonial que se ve marginado de la metrópolis y en cuyo proyecto de “reivindicación cultural criolla hispanoamericana” (Bass 7) Espinosa Medrano participaría.

El derrotero editorial sufrido por *Amar su propia muerte* fue dispar y poco feliz, comenzando por el incendio que devastó a la Biblioteca Nacional de Perú en 1943 y se llevó consigo, según parece, el único manuscrito de la obra, que se hallaba junto a otras piezas dramáticas vi-reinales. Alrededor de una década antes, el padre Rubén Vargas Ugarte había publicado su edición en la *Revista de la Universidad Católica del Perú*, a lo largo de dos años, modernizando la ortografía, agregando divisiones en escenas y encabezamientos. El mismo año del incendio vuelve a publicar la obra en un volumen de composiciones teatrales, pero esta vez, sin que se conozca razón alguna.

de 300 versos y titubeando en su título. Las ediciones subsiguientes, algunas más cuidadas, otras menos, se sucedieron a partir de ambas versiones. Juan Vitulli nos acerca su primera versión, basada en aquella primera del Padre Vargas –completa–, retomando los aciertos de otros editores y perfeccionando la labor con su sólido conocimiento, apoyado en bibliografía pertinente y diccionarios afines. Las notas son profusas y variadas: reponen acepciones áureas de algunos términos, señalan filiaciones, ilustran sobre personajes bíblicos, estructura de la obra, utilización de recursos, guían ciertas interpretaciones. Todo lo cual hace de ésta la edición hasta el momento definitiva de *Amar su propia muerte*.

Julia Sabena

CONICET, Argentina

Andrew Reynolds. *The Spanish American Crónica Modernista, Temporality and Material Culture. Modernismo's Unstoppable Presses*. Maryland: Bucknell University Press, 2012. 200 pp.

El más reciente trabajo de Andrew Reynolds se refiere a la crónica modernista, un asunto que viene concitando la atención de la crítica desde los años 80 del siglo pasado. Su tema, pues, es una singular práctica discursiva que llevaron a cabo diversos autores del modernismo hispanoamericano y que sembraría las semillas de varios de los rasgos del periodismo contemporáneo en nuestra región: la crónica modernista. Antes de ocuparme del libro de Reynolds, quiero

trabajos aparecidos en décadas anteriores y que resultan fundamentales para comprender las diversas aristas y complejidades que plantea al lector la llamada crónica modernista en América Latina.

Así, por ejemplo, es necesario recordar el libro pionero de Aníbal González, titulado precisamente *La crónica modernista hispanoamericana* (1983), cuyo objeto es demostrar cómo este género adquiere una importancia histórica radical, ya que, a diferencia de la ficción y la poesía de esa misma vertiente, permite conocer de cerca el contexto social y cotidiano de la experiencia modernista, además de servir de vehículo al planteamiento y difusión del ideario modernista. Hay pues, en la crónica modernista, un doble sentido que bien advierte González: es una intervención y a la vez constituye una estética, una poética.

Otro trabajo que se encargó de plantear las singularidades del ejercicio periodístico modernista latinoamericano en relación, esta vez, con la formación nacional, el problema del poder y su expresión en la literatura (tomando a Martí como modelo) como una crítica a la modernización capitalista es *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989), de Julio Ramos. Entre otros planteamientos, Ramos anota que uno de los rasgos más subrayados de la crónica modernista, su autonomía, resulta de una paradoja, al surgir de una relación de profunda dependencia entre el escritor modernista y los diarios.

Existe un tercer libro, titulado *La invención de la crónica* (1992, reescrito y reeditado en 2005), de Susana Rotker.

la exclusión casi sistemática de la práctica cronística modernista de los estudios literarios y remarca la necesidad de su análisis y estudio. Rotker ve en la crónica modernista no solamente el nacimiento de un nuevo género discursivo en América Latina, sino también la posibilidad de formulaciones críticas, la fundación del periodismo literario (o del texto informativo como artefacto) y, al mismo tiempo, espacio de resistencia ideológica.

A todo esto habría que sumar, ciertamente, *Las máscaras democráticas del modernismo* (1985), de Ángel Rama, que vendría a ser un intento de historiar cómo el modernismo se sitúa social e ideológicamente, entre 1870 y 1920, en un contexto en el que las ideas burguesas y sus diversas manifestaciones, que llegaban de la mano con una incipiente modernización, encuentran en la estética modernista tanto adhesiones como rechazos en el escenario de la ciudad letrada.

Después de leer el libro de Reynolds queda muy claro que entre éste y los textos antes mencionados hay un diálogo fluido, productivo y relevante, que amplía los horizontes bajo los cuales se ha analizado hasta hoy la crónica modernista hispanoamericana. Reynolds indaga en tres aspectos centrales: la temporalidad, la cultura material del modernismo y la importancia del periodismo como la primera puerta hacia la profesionalización de la escritura y el periódico como formato y soporte de esa trascendente innovación artística, económica y social. Allí nacen, y Reynolds lo confirma con su estudio, nociones

y la idea del autor como sujeto de un mercado cuyas necesidades iba a satisfacer a través de una escritura híbrida, que traslada parte de la poética modernista a un esquema de comunicación más cotidiano y abierto, capaz de llegar a una amplia masa de lectores-consumidores.

Reynolds observa en los escritores modernistas una tensión creciente entre su propuesta de lograr la autonomía literaria (un verdadero vellocino de oro) “and his involvement in the journalistic world” (24). La afirmación es hecha en relación con el poeta y cronista mexicano Amado Nervo, pero es claramente extensible a la mayoría de escritores modernistas que ejercieron el periodismo en el periodo que va entre 1880 y 1930, en el que se gesta un desplazamiento creativo único: de la poética modernista a la contingencia del ejercicio “material” que implica la crónica, esto es, un modo de percibir el mundo que alivia temporalmente la ansiedad que produce en el escritor modernista su doble rol de artista y reportero.

Gracias a ese doble rol los escritores modernistas pueden acceder a formas de representación que los conectan directamente con la corriente central de la modernidad. Ese contacto les permite ampliar el campo literario en el cual se desenvuelven. Así, la crónica contribuye “to form and spread modernismo” (25). La crónica no solamente crea un público lector de considerables dimensiones, sino que incorpora al código periodístico rasgos formales y de estilo que apuntan a construir la autonomía artística del género.

De esta manera se produce, como bien describe Reynolds,

negociación entre dos dimensiones: el discurso literario y sus valores simbólicos, de un lado, y de otro, su adaptación al trabajo periodístico. Antes que producir una literatura “industrial”, emplean la plataforma industrial para difundir y diseminar sus ideas, sus creencias, su fe en el arte verbal que ejercían.

Los cuatro capítulos del libro abordan con rigor distintos aspectos de la dinámica entre el ideario modernista y el periodismo. El primero examina la perspectiva material de esta relación; el segundo, explica la importancia que adquiere la temporalidad (el ser y estar en la modernidad) de los modernistas; el tercero explora la irrupción de la publicidad y el impacto de la producción textual en el universo modernista; el cuarto y último pasa revista a algunas poderosas imágenes surgidas de la presencia mediática del modernismo, acaso la más sugerente es la que propone Darío en su texto “La casa de ideas”, donde se ve la ciudad como una metáfora de biblioteca, pues de este modo el poeta “establishes the importance of material form for modernista writers and the literary field of the period” (131-132). En suma, Reynolds plantea un recorrido que comienza en la apropiación, por parte de los modernistas, de un formato discursivo que terminará por apropiarse a su vez de la materialidad que el medio que lo contiene ofrece, configurando así una nueva y sugerente lectura de la crónica modernista.

Alonso María Rabí Do Carmo

Concordia College